

EN UN NUEVO PENTECOSTÉS

Para dar un paso hacia adelante...volver al Cenáculo.

La vida de la Iglesia en el S.XX se ha caracterizado por la necesidad de un retorno a las fuentes de nuestra Fe, a los orígenes, en una necesidad de reflexión de nuestra identidad como cristianos y de la misión recibida del Señor Jesús. Prueba de ello es el regalo del **Concilio Vaticano II**, donde el Papa San Juan XXIII expresó en una oración como preparación del mismo: ***Renueva en nuestro tiempo los prodigios como de un nuevo Pentecostés***, y concede que la Iglesia santa, reunida en unánime y más intensa oración en torno a María, Madre de Jesús, y guiada por Pedro, propague el reino del Salvador divino, que es reino de verdad, de justicia, de amor y de paz. Así sea. (San Juan XXIII. 25 de diciembre de 1961).

Ante los grandes cambios sociales que estaban sucediendo la Iglesia necesitaba redescubrirse y escuchar. Para renovarnos necesitamos mirar nuestras raíces. Ante la pregunta “¿Quién soy yo?” tenemos que volver los ojos hacia los orígenes; **el lugar de nacimiento de la Iglesia es el Cenáculo de Jerusalén**, donde Jesús regaló la Eucaristía en el Jueves Santo, se manifestó resucitado a sus discípulos y cincuenta días después envió el Espíritu Santo.

El cenáculo se convierte en nuestro punto de referencia. Allí encontramos a la Iglesia en lo que Jesús quiere para ella y quiere hacer desde ella. Desde la Presencia del Espíritu Santo queremos quitarnos el polvo del camino de 2000 años de historia y mirar hacia el futuro desde la fidelidad al Evangelio y a la vez en diálogo con la sociedad que nos rodea y a la que estamos llamados a ofrecer la Buena Noticia de Cristo, el Señor, muerto y resucitado.

El seguimiento de Jesucristo.

Cristiano es el discípulo de Jesucristo. Esto no es una novedad; sin embargo en la práctica diaria de la Fe puede ser que no esté tan claro. Ser discípulo y amigo de Jesús de Nazaret conlleva lo siguiente:

- **Jesucristo está vivo HOY:** ¡Esto hay que decirlo fuerte y claro! La Fe no tiene sentido si no parte de la experiencia del encuentro personal con Jesús, no principalmente con su mensaje o con sus cosas sino con **Él en persona**. La resurrección de Jesús es el centro de la vida cristiana que nos permite vivir en el presente una relación de amor que cambia todo lo que somos y que se hace absolutamente referencial: **Jesús se convierte en el centro de todo y todo gira en torno a Él**. Sin este encuentro vivimos la Fe al revés: nos convertimos en centro auto-referencial haciendo de Dios un satélite alrededor de nuestro “yo”. De aquí fabricamos un “Jesús a nuestra medida”, una especie de “yo disfrazado de Cristo” que pierde toda su fuerza salvadora y liberadora.
- **Jesús sucede en comunidad:** la Presencia del Resucitado se regala en la vivencia de la comunidad. Desde el Cenáculo aprendemos que los discípulos buscan y esperan al Señor reunidos, como enseña el mismo Jesús: *cuando dos o más se reúnen en mi Nombre allí estoy yo en medio de ellos* (Mt 18,20). La Fe cristiana no tiene nada que ver con el aislamiento o la privacidad. Somos liberados de nuestro “yo” cuando nos entendemos como un “nosotros”. Sin esta referencia a la Iglesia nos perdemos la experiencia de un Dios vivo que sucede en Familia. Seguimos a Cristo junto a otros.

- **La vida cristiana como vocación:** seguir a Jesucristo nace de una llamada a la que nosotros respondemos. Los Evangelios están cargados de esta enseñanza: *no sois vosotros los que me habéis elegido a mí sino que soy yo quien os he elegido a vosotros y os he enviado...* (Jn 15,16). La Fe es siempre un regalo inmerecido que tiene como punto de partida la iniciativa de Dios. Esto es muy importante. Entender nuestra relación con Jesús como la respuesta a su llamada nos libera de muchas cosas, nos hace entrar en el ámbito de la gracia, pone al Señor en su sitio y a nosotros en el nuestro. “no soy cristiano por circunstancias ni por mis cualidades o capacidades; soy de Cristo porque Él ha salido a mi encuentro, me ha elegido, me ha llamado y he respondido AQUÍ ESTOY.” La vocación nos sitúa en una relación donde Jesús siempre tiene la “sartén por el mango” donde nuestra aportación consiste fundamentalmente en la **confianza**.
- **Todo por GRACIA:** la Fe en Jesús vivo me hace vivir la relación con Él desde la absoluta gratuidad de Dios. Él es quien me ha llamado y es también quien me conduce. El cristiano pone su vida en las manos de Cristo y en Él se confía. Vivimos de su Gracia, del regalo, del don... El seguimiento de Jesús nos lleva al **deseo de la santidad que se ofrece como un regalo y que nosotros acogemos en la confianza;** no en el esfuerzo voluntarista o en la aspiración de cumplir unas determinadas leyes, por buenas que sean. El cenáculo de Pentecostés nos habla de la Presencia del **Espíritu Santo que es quien capacita** a los apóstoles para la misión. Si perdemos la óptica de la Gracia en el seguimiento de Cristo convertimos en una losa de piedra lo que es un regalo, el Mejor Regalo de la vida. De la experiencia de Dios que se me regala gratuitamente nace la auténtica alegría del Evangelio.

Cuando seguimos a la puerta del sepulcro... un cristianismo sin Resucitado y sin Espíritu Santo.

- | | |
|---|--|
| 1. Dios no es un Padre que se pueda amar sino un legislador al que tener miedo. | 10. Me alimento de la queja, de la crítica y de la nostalgia y del prejuicio. |
| 2. La Iglesia es una empresa y no una Familia. | 11. Tengo el corazón anestesiado. |
| 3. Puedo hablar de conceptos, doctrina o valores pero no de vivencias. | 12. Me preocupo más de hacer que de ser, centrado en los medios y no tanto en los fines. |
| 4. Doy cosas pero no me entrego a mí mismo. No soy un “nosotros”. | 13. No soy capaz de arriesgar. |
| 5. Doy la espalda a las cruces de la vida porque me hundén. | 14. No me dejo cuidar; vivo encerrado en mi propia cueva. |
| 6. La oración y los Sacramentos son una carga y no una Fiesta. | 15. Egocentrismo: lo que opino y siento es el criterio de verdad y de vida. |
| 7. Los demás me molestan. | 16. Sin ternura y sin calor: frío y rigidez. |
| 8. Vivo culpabilizado y no reconciliado. | 17. El perdón no entra dentro de mi código de conducta. |
| 9. La alegría del corazón es una palabra bonita del diccionario y no una realidad en mi vida. | 18. Pido mucho; agradezco poco. |
| | 19. Aliado de la rutina y no del entusiasmo. |
| | 20. Aferrado a seguridades de todo tipo...no a Cristo. |

La Presencia de un Dios vivo que se ve y se deja tocar

El acontecimiento fundamental del cristianismo es la Encarnación, un Dios que se deja ver, tocar, que se hace familiar y compañero de nuestra vida. Cuanto menos imaginemos, mejor. Estamos hechos de sentidos que necesitamos utilizar.

Jesús resucitado le dice al apóstol Tomás: *Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente* (Jn 20,27). Tomás es invitado a descubrir las “señales” del Señor.

La Fe es un Don de Dios que nos conduce a reconocer los signos de la Presencia de Cristo vivo entre nosotros, como narra el Evangelio y después el Libro de los Hechos de los Apóstoles en la primitiva Iglesia. Por tanto, **un cristiano es un testigo**, alguien que ha visto y tocado estas “señales” del Señor en su propia vida y da testimonio de ello. El poder del Resucitado se manifiesta en **prodigios**, es decir, en aquello que supera nuestras fuerzas y nuestras cualidades y donde descubrimos que sólo son posibles si el Señor está detrás de todo eso. **Una Fe sin milagros es una Fe muerta**. Los prodigios del Resucitado, según nos los describe la Sagrada Escritura, no son sólo las curaciones físicas y los exorcismos (que también) sino todo aquello que provoca una transformación del corazón que sólo Dios puede hacer: **el Resucitado nos resucita**. San Pablo describe estos prodigios de conversión personal cuando relata los frutos del Espíritu Santo: *caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad* (Gal 5,22-23).

El cristiano da testimonio de lo que recibe de Jesús cada día y él mismo se convierte **con su forma de vida** en testimonio de la Presencia viva del Señor.

Hacia lo fundamental

La experiencia del cenáculo de Pentecostés nos conduce hacia lo fundamental en la vida cristiana. Necesitamos priorizar y distinguir qué es lo más importante de lo que es menos. En el mismo lugar donde acontece el Espíritu Santo Jesús dirigió las siguientes palabras en la Última Cena: **amaos unos a otros como Yo os he amado** (Jn 13,34).

La vida del Resucitado se muestra en la puesta en práctica del Amor de Cristo. El mismo Señor enseña: **la señal por la que os conocerán que sois mis discípulos es que os amáis unos a otros** (Jn 13,35). No hablamos de cualquier amor, sino del amor cristiano, que San Pablo describe en el Himno a la caridad: *La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. La caridad no acaba nunca* (I Co 13, 4-8).

La vivencia del amor, que es el primer fruto del Espíritu Santo en el cristiano, **unifica nuestra vida**. Los Sacramentos, la oración, la catequesis, el servicio a los más necesitados, todas las obras apostólicas de la Iglesia, el sentido de la fe y la esperanza se dirige todo al mismo punto en común: **amar y ser amados**. Nada sin amor, todo con amor.

Oración y acción, liturgia y catequesis, contemplación y apostolado, verdad y misericordia, Dios y el prójimo, todo se unifica cuando el corazón se abre a la acción del Espíritu Santo y nos ponemos en el camino común del amor.

Una Eucaristía que no mueve el interior a salir de los propios egoísmos es una celebración mal vivida. Un servicio que no nace del corazón ungido por el Espíritu de Dios en la oración, antes o después, cansará y tiraremos la toalla o dejará de ser gratuito. La verdad sin misericordia es una piedra que hace daño; una misericordia que no dice la verdad es una caricatura que ni cura ni libera de nada. La Fe que no recibe catequesis termina haciéndose un supermercado de las propias ideas; una catequesis que no se convierte en abrazo fraterno es simplemente un almacén de palabras.

El criterio de discernimiento para actuar en nuestra vida es el siguiente: **¿qué me lleva a amar más?**

Del cenáculo al mundo: una Iglesia en salida

Según narra san Lucas en los Hechos de los Apóstoles, después de Pentecostés los discípulos salen y se ponen en camino para compartir a Jesús con aquellos que no le conocen y construir el Reino de Dios. No se quedan encerrados en el cenáculo; las puertas se abren.

El cenáculo es un lugar de **proyección**, una lanzadera donde empuja a los discípulos de Cristo hacia el mundo que les espera, compartiendo la Unción del Espíritu que también se derramó sobre el mismo Jesús.

El Señor se manifestó en forma de *lenguas como de fuego* (Hch 2,3): lenguas y fuego.

Lenguas: porque la Fe es diálogo, comunicación y encuentro. No es aislamiento y privacidad. Una experiencia auténtica de Espíritu Santo nos mueve a compartir, a regalar, a entrar en contacto y aproximarnos a los demás. Ofrece una libertad nueva frente a nuestros miedos para salir de nosotros mismos y situarnos a la altura, en el camino de los que el Señor pone a nuestro lado. Lenguas de empatía, comprensión, sencillez, compasión... Lenguas que nos llevan a compartir lo que hemos recibido de Dios mirando a los ojos y no desde arriba o desde abajo.

Fuego: Dios es un calor que quema, purifica, limpia. Es un Fuego que no se puede atrapar ni manipular y a la vez enciende los corazones, inquieta, nos remueve y desinstala. Fuego que nos desajusta de nuestra comodidad y seguridades y nos hace sentir la misma **sed de Cristo**, que quiere que *todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (I Tim 2,4).

.....

*Espíritu Santo,
Tú eres el Amor de Dios que animas y das vida a la Iglesia.
Tú nos llenas de tus dones y carismas
y nos unes a Jesús y entre nosotros.
Tú nos animas hoy a una Nueva Evangelización
y nos acompañas para dar testimonio de Cristo Resucitado.*

***Regala a nuestra Familia de Santa Eugenia un nuevo Pentecostés,
donde podamos ver con nuestros ojos
las maravillas de Dios,
y nuestros hermanos más alejados
se acerquen de nuevo a Jesús.***

*Enciende la Fe, la Esperanza y el Amor
en nuestros corazones,
sana las heridas que nos dividen y separan,
para hacer de Santa Eugenia una comunidad viva,
lugar de encuentro con el Señor Resucitado,
Casa y Hogar para todo el que le busca.*

*Haznos vivir atentos a tus inspiraciones
para construir la Iglesia desde ti
y no desde nuestros medios y fuerzas.*

*Junto a María, nuestra Madre,
como la primera vez,
pedimos y esperamos tu venida
para que haga nuevas todas las cosas
y Jesús sea glorificado en nuestra vida y en nuestro barrio. AMÉN.*